

OPINION

ARTÍCULOS

Fe de vida

MARÍA MAIZKURRENA/

Dentro de seis días sale el libro de José Ramón Recalde 'Fe de vida'. Un libro de memorias, libro de la memoria. Por cierto que el próximo número de la publicación 'El valor de la palabra/ Hitzaren balioa', de la Fundación Fernando Buesa, estará dedicado precisamente a la memoria y la desmemoria. A Fernando Buesa lo mataron, pero no pudieron matar su memoria y su legado. En cuanto a la memoria de José Ramón Recalde, pronto ocupará un puesto de guardia en las librerías -incluida la librería Lagun- como una señal y un documento en el que se certifica que José Ramón Recalde vive y que ella, su memoria, vivirá más que él. En esta 'Fe de vida', Recalde nos aporta el mapa de una navegación moral y un testimonio de fe en todo cuanto hace que la vida sea no sólo un destino biológico, sino una construcción humana, no un simple acaecer sin remedio, sino una historia que debe ser contada. Recordada.

José Ramón Recalde ha vivido para contarlo. Cuenta, por ejemplo, que a su hijo mayor el bueno de nuestro lehendakari intentó convencerle de que «aquí se vive muy bien» ante un José Ramón Recalde postrado en la cama de un hospital debido a la benefactora intervención de ETA. Fíjense que yo creo que Ibarretxe es buena persona, pero creo también, como José Ramón Recalde, que está ideológicamente incapacitado para ponerse en el lugar de los otros. Se encuentra demasiado resguardado, embebido e inmerso en un concepto de pueblo eterno, fantástico, como caído del cielo de los arquetipos platónicos. Y sin señales de arrepentimiento. Decía Recalde en la entrevista que concedió el domingo a este periódico: «Puede ser que todos sintamos la tentación nacionalista y hasta que cometamos algunos pecados del nacionalismo. La diferencia está en que los nacionalistas piensan que eso es una virtud y los no nacionalistas creemos que es un defecto que hay que corregir».

A José Ramón Recalde, que tantas cosas ha hecho por el País Vasco, ETA se lo intentó cargar en la misma cosecha de muerte que se llevó por delante a Buesa, Lluch o Múgica. Iban, está claro, a por quienes eran capaces de forjar y manejar instrumentos ideológicos, de crear opinión y de comunicar con eficacia unas ideas. La política se ha vuelto algo más ramplona y mediocre desde entonces. No por causa de ETA, sino por el desdén y el recelo que los partidos sienten hacia los intelectuales. La política necesita gestores silenciosos que siempre están mejor callados, pero cuando hay que hablar -y hablar es fundamental- necesita gente como José Ramón Recalde. Para llamar a las cosas por su nombre. No todo el mundo es capaz de hacer que las palabras gastadas de la tribu vuelvan a tener significado.